

La curiosidad: ¿virtud o transgresión?¹

Rebeca Grinberg

Resumen

La curiosidad fue un tema que despertó interés en los primeros años del psicoanálisis, abandonado luego largo tiempo y retomado en los últimos años desde otros ángulos.

Es una de las tendencias fundamentales que aparecen en el curso del desarrollo humano. Forma parte de los cimientos del aprendizaje, permite que el individuo funcione como una «entidad pensante» y lo estimula a la búsqueda del conocimiento.

Todo conocimiento se origina en experiencias primitivas de carácter emocional. Algunas características inherentes a esa experiencia emocional intervienen en posteriores experiencias de descubrimiento de todo tipo.

Cualquiera que sea el punto de vista acerca de su naturaleza, está claro que la curiosidad (o su falta) tiene implicaciones relacionales. Lo «particular» de esas relaciones es lo que les dará especificidad.

A lo largo de este trabajo intentaré ver qué calidades de vínculos pueden establecerse entre el sujeto curioso y el objeto de su curiosidad.

*¿Qué es lo que queremos conocer? ¿Cómo?
¿Para qué?*

Según las respuestas que se puedan dar a estos interrogantes se podrán diferenciar las formas en que se manifiesta la curiosidad y sus deformaciones: voyeurismo-exhibicionismo, inhibición, timidez, uso maligno, defensivo, etcétera, y sus significados a lo largo del desarrollo humano.

En los primeros tiempos del psicoanálisis, Freud estuvo interesado en la cuestión y habló de un «instinto de saber» vinculado a las preocupaciones sexuales infantiles. Su acción correspondería, por una parte, a una manera sublimada de apoderamiento y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión «escoptofílica». En la infancia, la curiosidad recae en forma insospechablemente precoz y con gran intensidad en dos enigmas principales: el de las relaciones sexuales y de dónde

proceden los niños. Freud (1905) decía que conociendo el niño desde el principio de su vida un padre y una madre, acepta su existencia como una realidad que no necesita investigación alguna ni cuestiona la diferencia entre sus sexos. La curiosidad se despertaría bajo el aguijón de los sentimientos egoístas cuando se ven sorprendidos por la aparición de un nuevo niño, situación experimentada también, como posibilidad, por los hijos únicos o menores, por su observación en otras familias. La previsión de que, en adelante, deberá compartir todo con el recién llegado aguza la sensibilidad y el pensamiento del sujeto. Bajo el estímulo de estos sentimientos y preocupaciones comienza el niño a reflexionar y a preguntarse de dónde viene ese rival a perturbar su vida, de dónde vienen los otros niños, como si en el pensamiento se viese planteada la labor de prevenir la repetición de un suceso tan temido. Esta problemática le llevará a buscar las, para él, oscuras vinculaciones entre el nacimiento de los bebés y las relaciones de sus padres y, finalmente, la preocupación de la humanidad toda sobre los orígenes de la propia vida. Éste es el interrogante insatisfecho más antiguo de la humanidad, oculto sentido de mitos y tradiciones. En las religiones la solución es proyectada en los dioses, delegándoles el trabajo de crear el primer hombre.

Pero la curiosidad no sólo cuestiona el origen de la vida, sino que se remonta, según Melanie Klein (1921), al comienzo mismo de la vida. Ella, como Freud, consideró la curiosidad como una pulsión y habló del instinto epistemofílico aunque situando su acción como vigente desde el inicio de la vida y dirigido originariamente hacia el interior del cuerpo de la madre, de donde se desplazaría el interés al propio cuerpo y al de otros. El bebé intentaría confirmar fantasías arcaicas sobre la existencia de penes y otros bebés dentro de la madre, intentando, además, identificarse con objetos parciales como el pecho o el pene, que son percibidos como fuente inagotable de satisfacción pulsional.

En la primera publicación de Melanie Klein (1921), que versaba sobre la observación del

desarrollo de un niño, llegó a esa conclusión: que la sed instintiva de conocimiento y comprensión comenzaba tempranamente, en conexión con la concepción del cuerpo de la madre, y que el interés del niño es mayor cuanto más pequeño es él, cuando la madre es aún su mundo. Estas concepciones contribuyen a la formación de su mundo interno, y se extienden, a través de la formación de símbolos, sobre cuerpo y mente de otras personas, y así hacia la exploración del mundo.

Bion (1966) fue el que dio a ese interés, impulso, deseo, una categoría de tal importancia como para ser equiparado a las emociones básicas del ser humano como el amor y el odio, al establecer el vínculo K, que se refiere a las emociones del interés y el deseo de conocer, como de igual rango que los vínculos L y H. Con esto Bion puso un orden diferente en nuestra manera de pensar acerca de las emociones, ya iniciada por Melanie Klein.

La curiosidad está conectada con las necesidades corporales vitales. En la temprana infancia se manifiesta a través de la zona oral, que permite apreciar las cualidades gustativas de los objetos aunque también diversas cualidades como dureza, temperatura, suavidad, etcétera; en la fase anal predomina la exploración de las cualidades táctiles de los mismos y todas las sensaciones derivadas de la piel, como el placer de embadurnarse y jugar con agua y barro. Cuando se alcanza la locomoción, es el espacio y sus contenidos lo que se investiga; durante toda la vida lo investigado es la propia persona y lo que con ella se relaciona. El individuo intenta resolver así los enigmas del nacimiento, de su forma de crecer, de la diferencia de sexos, del significado de la muerte.

De lo dicho hasta ahora, parecería que el funcionamiento de la curiosidad es favorable para la evolución del individuo, el desarrollo de su intelecto y su relación con los demás. Sin embargo, su funcionamiento tropieza con grandes obstáculos, externos e internos. La sociedad condena muchas veces la curiosidad como ética o moralmente mala. Ciertos temas se cubren de una atmósfera de silencio o de secreto, como todo lo referente a la sexualidad y a las funciones excretoras, aunque en lo manifiesto parezca haber más permisividad últimamente en nuestra cultura. Es éste uno de los primeros conflictos psíquicos en la lucha por el saber entre unos padres que rehusan información y el niño que desea adquirirla. Si al niño que intenta investigar estas áreas prohibidas se le castiga, éstas adquieren entonces un carácter siniestro que puede inhibir su curiosidad, pero conservando una fuerte carga de ansiedad.

La ansiedad placentera es un sentimiento que proviene del atractivo de lo prohibido, ya que actúan simultáneamente el deseo de desafiar y burlarse del superyó que prohíbe, y también el temor a su castigo. Estos sentimientos determinan muchas actitudes especiales como el gusto por leer historias de crímenes, ser espectador de deportes emocionantes o realizarlos, elección de algunos oficios expuestos o poder solamente tener relaciones sexuales en situaciones de riesgo.

Las prohibiciones respecto de la curiosidad sexual y las respuestas «de lado» a las incansables preguntas infantiles defraudan la confianza del niño en sus padres y llevan, a su vez, a que el niño oculte sus pensamientos. La ingenuidad y, a veces, la estupidez aparente pueden representar tanto una obediencia como una rebelión contra los padres que han frustrado la curiosidad, como diciendo: «ya que quieren que me haga el tonto, lo soy». Esta forma de comportarse, que puede incluir también el fracaso escolar, sería una burla y una venganza inconsciente. En otros casos, las mentiras de los padres dan lugar a que los niños desarrollen una mitomanía como identificación con padres mentirosos.

Puede ocurrir que el niño decida en su interior que no puede contar con los padres para ciertas cosas y decida investigar por su cuenta, aunque la prohibición desafiada acarreará culpa e imprimirá a lo sexual el sello de lo repugnante y prohibido. Sin embargo, es indudable que no sólo la conducta de los padres es la responsable de la connotación temible de la curiosidad infantil, sino también las fantasías inconscientes que encubre —incestuosas entre otras—.

Algunos autores han hecho estudios sobre material clínico de análisis de niños, mitos y cuentos en relación con un juego universal: la búsqueda y caza de tesoros, que representan el descubrimiento del secreto de las relaciones sexuales y el embarazo, y el deseo del niño de obtener del padre esos secretos, especialmente el de la actividad sexual con la madre. Los tesoros enterrados representan los bebés enterrados, escondidos en la madre. Los buscadores de los tesoros suelen ser piratas, los cuales han sufrido algún tipo de castración por su empeño en encontrar los tesoros y robarlos: tuertos o con una pata de palo.

Es una experiencia bien conocida que los niños pequeños perciben muy precozmente los embarazos de sus madres y, en esas circunstancias, se incrementa su tendencia a revisar todos los cajones y armarios de la casa en busca del bebé oculto.

En algunos cuentos famosos se desarrolla la fantasía de descubrimiento de secretos que permiten

a los hombres obtener gran riqueza y poder. Por ejemplo, Aladino, que frotando la lámpara (masturbándose) descubre la actividad sexual del pene (por casualidad, para no sentir culpa) y obtiene toda la omnipotencia que atribuye al pene del padre. En Alí Babá, de *Las mil y una noches*, se agrega otro elemento: el ver y escuchar accidentalmente palabras mágicas: el «ábrete, Sésamo», que abre la cueva de los tesoros; otra iniciación en los misterios sexuales.

Como resultado, el niño puede entonces satisfacer a la madre u otra mujer inaccesible; por ejemplo, se casa con una princesa. Estos son los comienzos de una lucha que se mantendrá de por vida, en que el saber otorga poder, la información coloca en situaciones ventajosas a quien la posee: en los negocios, en la política, en la guerra.

De todos modos, la satisfacción de esos deseos es sentida como prohibida ya que significa quitar el poder al padre y ocupar su sitio. ¿Qué mejor ejemplo que el mismo Edipo, que por haber descubierto el secreto de la Esfinge —representante de ambos padres, como figura combinada femenina y masculina, con pechos de mujer y cuerpo de león— logró la realización de esas fantasías incestuosas que implican vencer al padre y adquirir su riqueza y poder? La ceguera a la que quedó condenado condensa el castigo por ambos pecados: pierde los ojos como ejecutores de la curiosidad y como símbolos de órganos sexuales, cuya pérdida significa quedar castrado.

En etapas anteriores de su evolución, otras «cuevas de Alí Babá» —no sólo la vagina y el útero— representan para el niño escondrijos donde se ocultan cosas. El niño se interesa por su ano y excrementos y por los actos de defecación y micción en varones y mujeres. El interés por observar gallinas poniendo huevos, buscar tesoros enterrados, contiene junto con las fantasías genitales elementos anales compensatorios de la curiosidad anal frustrada.

Asimismo los demás orificios del cuerpo despiertan la curiosidad del niño: los oídos, los ojos, las fosas nasales, la boca. Todos los que hayan tenido oportunidad de observar niños pequeños habrán visto que meten sus dedos insistentemente en todos los agujeros, la boca de la madre o de quien sea, los ojos de otros niños, etcétera. Es también la época en que los accidentes más frecuentes provienen de meter los dedos en los enchufes eléctricos, como desplazamiento y sustituto de esos orificios, buscando un camino para ver qué hay dentro, así como más tarde desarmarán relojes u otras cosas para ver cómo son por dentro.

En los análisis de niños, es de aparición muy frecuente el material en que la ansiedad está centrada sobre el siguiente interrogante: ¿qué ocurre con los alimentos dentro del cuerpo?, ¿por qué la comida que entra por la boca es de diferentes colores y formas y lo que sale como excremento es una masa uniforme en que nada se reconoce? e inventan juegos, con infinitas variantes, en que diversas sustancias u objetos atraviesan tubos, cajas o complicadas construcciones, poniendo la atención en comparar su estado al entrar y al salir. Y no sólo los niños. Un analizado adulto, estudiante de medicina, sentía un gran placer cada vez que en el análisis microscópico de materia fecal que realizaba en el laboratorio, descubría elementos histológicos que se conservaban intactos después de la digestión y permitían identificar el tipo de alimentos ingeridos (que equivalía a descubrir lo que habían comido, con quién habían estado o tenido relaciones) y también comprobar que no todo se destruía en su tránsito por el cuerpo.

La generalización primaria, precursora del simbolismo, surge del esfuerzo del niño por volver a descubrir en cada objeto sus propios órganos y su funcionamiento.

La ansiedad se hace más evidente cuando los procesos que ocurren en el cuerpo cobran particular importancia, como en la pubertad. Es común que los púberes procuren satisfacer su curiosidad sexual y calmar la ansiedad despertada por los cambios que observan en su físico acudiendo a los diccionarios o buscando información en enciclopedias y hasta en pasajes de la Biblia. En esa época el pensamiento reemplaza la acción, por miedo a la castración. El interés intelectual sexual es el sustituto y prólogo de la actividad sexual real.

Un paciente varón, de doce años, cuyo análisis se desarrollaba desde tiempo atrás a través de dibujos, manifestó de pronto deseos de realizar experimentos de química. Y así fue como nos pasamos muchos días haciendo destilación seca por calentamiento de varias sustancias, evidente representación de su excitación sexual, y examinando los residuos secos (el estado en que suponía quedaría su pene, equiparable a materia fecal), al mismo tiempo que intentaba recuperar los gases desprendidos en la operación. Toda esta investigación finalizó el día en que se le ocurrió destilar agua y pudo recuperarla condensándola en otro recipiente. Ese día coincidió con su primera eyaculación. Su ansiedad desapareció cuando pudo verificar, en forma desplazada, a través de la experiencia en el tubo de ensayo, el funcionamiento de su cuerpo y la capacidad de recreación de sus contenidos.

Hemos visto *qué* es lo que queremos conocer: a nosotros mismos y al mundo, sobre el modelo del interior del cuerpo y las funciones corporales; y, de ahí, nuestra mente y la de otros. Veremos que también el *cómo* es a imagen y semejanza de las funciones corporales: «devoraremos con los ojos», etc.

Pero todo ello está teñido de variados afectos e interferido por prohibiciones y resistencias. Algunos mitos expresan de un modo muy elocuente esta prohibición de la curiosidad y los castigos correspondientes a su transgresión.

La mitología bíblica sitúa la curiosidad en el Génesis: el primer pecado, la curiosidad de Eva. En ese mito y otros a los que me referiré, se aprecia cómo el deseo de conocimiento y el desarrollo de técnicas han sido considerados desde siempre como un acto impío y una intrusión en el terreno de los dioses.

En el mito de Edipo, en el de Babel y en el del Edén, se encuentran modelos narrativos en los que está incluido el deseo del ser humano por conocer y una fuerza que se le opone, representada por un Dios omnipotente que castiga su curiosidad con el destierro, la confusión (de lenguas) o la muerte.

Se ha escrito mucho sobre la obstrucción al progreso científico interpuesta por dogmas establecidos, y uno no puede librarse de sentir como que se cumpliera la primitiva maldición de sacrilegio ligada a la exploración de lo desconocido.

Dice el mito que *Prometeo* enseñó a los hombres muchas artes y, sobre todo, les proporcionó el fuego; pero por ello Zeus hizo que fuese encadenado a una roca y torturado eternamente. Es como si cierto tipo de conocimientos y ciertas actividades fuesen monopolio exclusivo de los dioses —como lo que ocurre en la familia con lo que es prerrogativa de los padres— y las personas, como los niños, cayeran en pecado al llevar su curiosidad más allá de los límites establecidos por ellos.

En el mito del *Edén*, Adán y Eva, impulsados por la curiosidad estimulada por la serpiente, se trasladaron a la zona prohibida del Paraíso donde se encontraba el árbol del conocimiento, cuyo fruto «era bueno para comer, agradable a los ojos y codiciable para alcanzar la sabiduría»... «Eva comió de su fruto y dio a su marido». «Fueron abiertos los ojos de entrambos y supieron del Bien y del Mal». Ello les valió la expulsión del Paraíso, perdiendo sus gratificaciones y condiciones de seguridad y de placer. Este exilio impidió que la primera pareja humana pudiera llegar a la adquisición de un conocimiento más profundo y vivencial, que podría estar representado por el árbol

de la vida. La Biblia dice textualmente que «después de echar al hombre y a la mujer del Paraíso... Jehová colocó... al oriente del huerto del Edén querubines con espadas encendidas que se revolvían a todos lados para guardar el camino del árbol de la vida». Es precisamente esta imagen superyoica y prohibidora de Jehová y este modelo de castigo y obstrucción para alcanzar el verdadero conocimiento lo que se repite en las narrativas de Babel y Edipo.

En el mito de *Babel*, la curiosidad estaba expresada en la construcción de una torre con el deseo de «llegar al Cielo» para alcanzar el conocimiento de «otro mundo», distinto del conocido. Pero esa curiosidad fue castigada con la confusión de lenguas y la destrucción de la capacidad de comunicación.

En el mito de *Edipo*, el enigma de la Esfinge sería una expresión de la curiosidad del hombre dirigida hacia sí mismo; curiosidad que está también expresada por la determinación con que Edipo llevó adelante su indagación del crimen a pesar de las advertencias de Tiresias (esta curiosidad que tiene el mismo *status* de pecado que en los mitos del Edén y de Babel). La Esfinge estimula la curiosidad pero amenaza con la pena de muerte el fracasar en satisfacerla: implica una amenaza contra la curiosidad que estimula.

Edipo vuelve a Tebas para indagar la verdad. Pero en la narrativa del mito, un aspecto de Edipo obstruye la determinación con que otra parte de sí mismo intenta proseguir la indagación y saber la verdad. Tiresias, quien —significativamente— también había sido enceguecido por ver la escena primaria prohibida, es quien intenta prevenir a Edipo para que no siga adelante con la indagación. Este conflicto es inherente a la naturaleza de todo ser humano, entre una parte que reprime los impulsos de arrebatar al padre su bien más valorado y envidiado, y otra parte que tiende a llevarlo a cabo exponiéndose al castigo.

La prohibición del conocer profundo parece provenir de no poder sentirlo *como símbolo*, sino *como si fuera realmente* una relación sexual incestuosa, tomando al pie de la letra la expresión bíblica de «conocer a una mujer» en el sentido de vincularse sexualmente a ella. La ceguera de Edipo, ya lo he dicho, condensa el castigo por ambos pecados: pierde los ojos como instrumentos para la satisfacción de la curiosidad, y como representante simbólico de los órganos genitales que sufren la castración.

La configuración subyacente a estos mitos en relación con el «saber» encuentra su expresión en el

individuo en cada etapa del desarrollo y adquisición del conocimiento. La curiosidad estimulada busca conocer, pero la intolerancia al surgimiento del dolor y el temor a lo desconocido desencadenan acciones tendentes a evadir o contrarrestar la curiosidad.

Los mitos dan una versión narrativa del drama del ser humano en la búsqueda de un conocimiento que produce ansiedad cuando esta búsqueda se refiere al conocimiento de uno mismo, como es la investigación psicoanalítica. En ese sentido, Edipo representa el triunfo de una decidida curiosidad sobre la intimidación y puede ser considerado un símbolo de la integridad científica, aunque su investigación también puede ser vista como arrogante.

La tolerancia al displacer y al dolor es, pues, un pre-requisito para poder adquirir conocimientos y capacidad para pensar. En cuanto a este punto, Bion (1963) aplica su conocido modelo continente-contenido a la relación madre-hijo, que permite comprender cómo se facilita al niño el aprendizaje y se estimula su deseo de conocer. El bebé funciona como un «contenido» lleno de ansiedades que proyecta en el «continente» formado por la capacidad de *reverie* o ensoñación de la madre: es decir, de una madre suficientemente sana y receptiva como para recibir las proyecciones angustiosas del niño, contenerlas, metabolizarlas y devolverlas en condiciones más tolerables para el niño, o sea, transformar exitosamente su hambre en satisfacción, su sentimiento de soledad y desamparo en compañía y su desesperación en tranquilidad. Se facilita así que la mente del niño pueda procesar las sensaciones y emociones primitivas convirtiéndolas en pensamientos, pudiendo crear símbolos, lenguaje, y el poder de sublimar. Se estimula así su curiosidad y su deseo de conocer.

Pero si el *reverie* de la madre fracasa por sus propios conflictos, y no puede contener, modificar o aliviar las ansiedades del niño, existe el riesgo de que el niño tenga una evolución anormal, con el predominio de una personalidad psicótica: y aquí aparecen también las deformaciones de la curiosidad. En este caso, Bion describe una triada caracterizada por un tipo de curiosidad patológica, arrogancia y una forma de estupidez, que puede llevar a la ignorancia por ataque al conocimiento o a un sentimiento de omnipotencia y omnisciencia que pretende saberlo todo como si creyera haberse apoderado de todo conocimiento.

Bion se ha referido también a la curiosidad a través de la descripción de una reconstrucción histórica muy arcaica. Aproximadamente tres mil

quinientos años antes de Cristo, fue enterrado un rey en el cementerio real de la ciudad de Ur. De acuerdo con la reconstrucción hecha por la expedición conjunta del Museo Británico y de la Universidad de Pennsylvania, en esta ceremonia estaba incluida una procesión formada por las personas más distinguidas de la corte que, vestidas con todo su esplendor y sus joyas, descendían a un foso especialmente preparado y bebían una poción narcótica (supuestamente hachís). Luego, con pompa y acompañamiento musical, el foso era llenado con tierra y sus ocupantes enterrados vivos con el monarca.

En relación con este cuadro, Bion se pregunta ¿qué fuerzas emocionales, culturales o religiosas, llevaron a las personas de esa corte a una conducta que, sin duda, las conducía a la muerte? Y plantea una pregunta aún más inquietante: ¿hay alguna fuerza equivalente operando hoy en día que no nos permita ver que estamos en caminos obviamente peligrosos para los ojos de nuestra posteridad, como es para nosotros la conducta de los cortesanos de Ur yendo al foso de la muerte, sin percatarnos de ello? ¿Y de qué fuerza se trata?, ¿un fanatismo religioso?, ¿omnipotencia?, ¿podemos llamarla ignorancia? ¿Deberíamos pensar que se trata de alguna fuerza más dinámica, más desconocida?

A este primer cuadro, Bion agrega otro en sus reflexiones: el de los «saqueadores de tumbas», cuyas actividades se desarrollaron en esos mismos terrenos —santificados por los rituales y la magia— unos quinientos años después, cuando el entonces cementerio real ya no era sino una especie de basural. Y ante ese cuadro se pregunta nuevamente: ¿qué fuerzas emocionales movieron a estos hombres a penetrar en un lugar, seguramente todavía cargado de magia, venciendo su temor a encontrarse con los espíritus de los muertos y la ira de los dioses? Los saqueadores desafiaron los temores que seguramente tenían y encontraron la tumba real, robando allí muchos de los objetos enterrados. ¿Sería la codicia la fuerza que los movió? ¿O tal vez se habría agregado la curiosidad? Tal vez, aunque suene paradójico, añade Bion, se debería honrar a estos saqueadores como pioneros de la ciencia, ¿o condenarlos por su afán de descubrir lo oculto?

Estos cuadros sugieren muchas analogías para modelizar de un modo enriquecedor algunas de las situaciones y conflictos que se presentan en la ciencia actual, sin ir más lejos en los secretos de la genética que se están desvelando en nuestro tiempo, y los que diariamente enfrenta el psicoanalista en su práctica.

Si tratamos de rastrear la evolución de la curiosidad a través de la vida del individuo vemos que es una fuerza poderosa, que puede desarrollarse de maneras variadas: según la posibilidad o no de contar con una madre que ayude a poder pensar, según el poder o no tolerar las insatisfacciones o los temores, según los impulsos libidinosos o sádicos que se asocian a la curiosidad que hacen al *cómo* la curiosidad se manifieste, y los objetivos inconscientes que se propone, es decir, al *para qué* se ejerce la curiosidad.

El saber no se adquiere exclusivamente mirando, pero los ojos son un medio muy importante para ello, aunque todos los sentidos intervengan para dar información, especialmente todo el mundo sonoro que rodea al sujeto desde sus comienzos. Todo primer aprendizaje está basado en impulsos orales, donde la boca es el primer «catador» del mundo, pero que se complementa con el mirar la cara de la madre y escuchar su voz, teniendo el pezón en la boca. Sólo más tarde la mano y el ojo se independizan de la boca como órganos de exploración.

A través de la escotofilia, que es la sexualización de las sensaciones del mirar, el individuo intenta incorporar por los ojos los objetos que ve. Se puede establecer la analogía de que «los ojos son a la mente como la boca es al alimento». Y toda la vida se sigue «comiendo o devorando con los ojos», con fantasías inconscientes de tragar el objeto para tenerlo dentro de sí, ya sea para identificarse o para no perderlo.

Los impulsos sádicos se hallan también presentes en la escotofilia. Querer ver algo puede significar también querer destruirlo. Resulta entonces que el placer de mirar, ya sea por motivos eróticos (como cuando algún objeto tiene «especiales encantos» como diría Freud [1910]) o motivos agresivos, puede convertirse en una transgresión que es castigada. Es como si una voz punitiva dijera: «puesto que quieres abusar de tu vista para lograr un maligno placer, te está bien empleado que no veas nada más». Esta perturbación psicógena de la visión aparece frecuentemente en la clínica y —cómo no— en mitos y leyendas. Es lo que ocurre, por ejemplo, en la conocida historia de *Lady Godiva*, que aceptó la condición de cabalgar desnuda por las calles del pueblo en pleno día para salvar a sus habitantes del pago de cargas de impuestos excesivos. Todos los moradores decidieron cerrar sus puertas y ventanas para facilitar su acción altruista; pero el único que espío a través de los visillos quedó ciego.

La mujer de Lot se transformó en estatua de sal por mirar lo que estaba prohibido mirar.

El mito de *Orfeo* nos cuenta que éste perdió a Eurídice, cuando ya la rescataba del mundo de los muertos, porque se dio vuelta para mirarla contraviniendo la prohibición que le había sido impuesta como condición para recuperarla con vida.

La curiosidad puede *sublimarse* convirtiéndose en epistemofilia que lleva a un interés auténtico por la investigación, o bien su *represión* puede inhibir todo interés intelectual. Ello dependerá de las fantasías inconscientes y de experiencias asociadas a esta curiosidad.

El impulso a introducir cosas en la mente por medio de los ojos, oídos y los otros sentidos satisface deseos frustrados por los objetos primitivos. Pero el sujeto no lo hace sólo para obtener satisfacción sino también como *defensa*. El mundo es considerado también como peligroso y se hace necesario conocerlo y saber cómo cuidarse de él.

Un ejemplo que tuve ocasión de observar fue el de un niño de cinco años que fue traído a consulta por padecer de insomnio, desencadenado por una amigdalectomía practicada sin habersele advertido y bajo los efectos de un hipnótico. En su primer contacto conmigo, después de inspeccionar detenidamente el cuarto, a mí y a los juguetes que le ofrecí, dijo: «Yo no tengo miedo de entrar aquí, porque estoy bien despierto; siempre estoy despierto». Es obvio que este niño necesitaba no dormirse y conocer bien lo que pasaba a su alrededor, para evitar que se repitiera la traumática situación de la operación, en que lo sorprendieron dormido.

Algo parecido ocurre, aunque no en forma tan explícita y por motivos diversos, en los pacientes que sólo pueden analizarse «cara a cara» para controlar al analista con la mirada, como sucede en situaciones de pánico en que se intenta inmovilizar con la mirada, por ejemplo, a un animal que asusta.

Cuando en la escotofilia predominan los elementos agresivos, el mirar mismo es percibido inconscientemente como un sustituto del destruir. Sustituto que permite negar la culpa, ya que permite pensar: «yo no lo hice, sólo lo miré», excusa frecuentemente usada por los niños, que persiste en el inconsciente del adulto. Esto se puede observar, por ejemplo, en personas de las «incapaces de hacer daño a una mosca» pero que no pierden ocasión de ir a ver cuanta catástrofe o accidente se produce. Estas situaciones, al mismo tiempo, tratan de asegurar al individuo de que él está a salvo: «no es a mí a quien eso ocurrió». En cierta medida, todas

estas fantasías están presentes y nos producen placer cada vez que concurrimos al cine o al teatro, leemos una novela o somos espectadores de algo.

La exageración patológica de esa situación es la perversión *voyeurista*, en que ser espectador, espiar, se convierte en una necesidad compulsiva e imprescindible para obtener gratificación y reaseguramiento, fundamentalmente contra la angustia de castración. El voyeur intenta negar su temor a ser castrado, espionando las relaciones sexuales de otros y no participando en ellas. Sin embargo, como no existe un espectáculo capaz de brindar el reaseguramiento que estos pacientes anhelan, se crea una situación de insaciabilidad; tienen que mirar una y otra vez, y ver más y más, con creciente intensidad.

La contraparte del voyeurismo es el exhibicionismo, aunque habitualmente aparecen juntos, predominando uno u otro. El *exhibicionista* conserva un carácter más narcisista. Su placer erótico se vincula siempre a un incremento exagerado de la autoestima intentando ser mirado por los demás. Este objetivo también es utilizado como reaseguramiento contra los temores de castración. Sienten la necesidad imperiosa de exhibir sus genitales. Al enseñarlos intentan que sus espectadores sean testigos que contrarresten sus dudas internas. Esto explica por qué alcanzan su máximo placer si se exhiben ante niñas pequeñas que se asustan. El exhibicionista también busca que la mujer que ve su pene se identifique con él y fantasee tenerlo, para abonar la creencia de que nadie carece de él y, por lo tanto, él tampoco.

Mientras el exhibicionista masculino se tranquiliza enseñando su pene, la mujer, que carece de él, trata de ocultar esa carencia y desplaza su exhibicionismo de los genitales a todo el cuerpo. Sus fantasías mágicas serían las de hechizar a los espectadores para que dependan de su poder, como en el mito de Circe. En síntesis, el exhibicionista proyecta su curiosidad en el «otro».

La timidez y el excesivo pudor representan reacciones opuestas al exhibicionismo, que pueden deberse a fuertes tendencias exhibicionistas inconscientes.

Podemos apreciar entonces que no siempre la curiosidad equivale a la búsqueda de la verdad, sino que puede responder al impulso de conocer lo que otros poseen intentando satisfacer tanto deseos libidinosos como agresivos.

Es bien sabido que existen miradas de odio, muy temidas, y a las que supersticiosamente se atribuye ser dañinas y mortales. Todas las historietas o comics en que hay personajes que emiten rayos

mortíferos con los ojos, ejemplifican esta fantasía. En la clínica vemos, a veces, fantasías similares, como una paciente que llegó un día a sesión con una fuerte ansiedad persecutoria, porque vio que en el piso vecino al de su analista había un velatorio. Contó entonces que, días atrás, estando abierta la puerta de ese piso, ella había mirado dentro pensando «ojalá los parta un rayo» y suponía que, efectivamente, el rayo de su pensamiento omnipotente y su mirar habían matado a alguien.

En múltiples circunstancias, la curiosidad va acompañada de deseos agresivos, como conocer al «otro» para criticarlo, burlarse, censurar o delatarlo, conocer sus debilidades para vencerle, etcétera. Es decir, el *para qué* varía grandemente.

La curiosidad puede establecer un vínculo entre un sujeto y un objeto, que para el inconsciente equivale a comerlo, orinarlo, defecarlo, poseerlo, dominarlo, castrarlo o matarlo. Por lo tanto, el *cómo* actúa la curiosidad depende del tipo de afectos que la motiva. No es lo mismo si está movida por el amor, la admiración, la simpatía, el deseo de ser igual, la necesidad de defenderse o la rivalidad, los celos o la envidia.

El sentimiento considerado más destructivo es la envidia. La superstición del «mal de ojo» atribuye al mirar un poder maléfico que se dirige específicamente hacia algo apreciado: por ejemplo, la idea de que se puede dañar a un bebé elogiándolo o provocar la pérdida de la leche en la madre que amamanta y, para contrarrestarlo, es muy común que la gente agregue al elogio del bebé la frase: «que Dios se lo guarde».

La culpa por esos sentimientos que tantas veces mueve a la curiosidad es muy intensa, porque se dirige a objetos admirados. Como dijo un poeta: es el «dragón de ojos verdes que aborrece el alimento que lo nutre».

Para defenderse de la envidia y la curiosidad envidiosa el individuo recurre a técnicas diversas. Entre ellas, el ataque a la propia percepción: no ver, ser miope, no entender para no enterarse que el objeto envidiado existe, no comer para no reconocer que alguien, envidiado por tal razón, es capaz de dar comida (anoréxicos). Todo esto puede ir disfrazado de burla, desprecio o no-interés por el objeto, que son las defensas más corrientes contra los sentimientos de envidia. Cuando éstos son muy intensos, hasta la misma situación edípica queda teñida por la envidia y ya no hay una madre deseada y un padre rival o viceversa sino que lo único que importa es que no se unan entre sí. Esto explica por qué muchas personas se sienten compelidas a separar parejas, aún cuando no deseen quedarse con

uno de los integrantes de la misma; más aún, no pueden a su vez formar pareja, porque también atacan al vínculo con su partenaire. Si estos sentimientos están asociados a la curiosidad, el ataque a la propia percepción, a la capacidad de ver y entender, tienen también el significado de cortar los vínculos con el mundo externo y castrarse en las propias capacidades y posibilidades.

Existen pues, como vemos, *deformaciones* o desviaciones patológicas de la curiosidad: su exageración compulsiva, de la que el exponente más característico es el voyeurismo, al que habría que agregar el espiar del paranoico, por temor y necesidad de controlar a los que supone enemigos; su forma proyectiva, el exhibicionismo; sus formas negativas (pudor, timidez, por represión); la cavilación obsesiva (por retorno de lo reprimido, en que el pensar se sexualiza, como lo puntualiza Laplanche [1980]). Ya he señalado que tanto la actitud de los padres y ambiente general frente a la curiosidad infantil (prohibición, mentiras, castigos), como las fantasías del niño implicadas en la curiosidad pueden interferir en el destino ulterior de esta tendencia, que normalmente se *sublima* en funciones intelectuales tendentes a adquirir conocimientos (desexualizados) mientras el remanente forma parte de los placeres previos a la unión genital.

La comprensión de las relaciones entre el afán de conocer y el placer oral, y más tarde el agarrar con la mano, el control anal y las funciones sexuales, permiten comprender por qué en las *inhibiciones intelectuales* las represiones en los distintos niveles tienen un papel tan importante. En el complicado proceso del *aprendizaje* las dificultades pueden aparecer con relación a cualquiera de las etapas: ya sea una perturbación en la capacidad de adquirir conocimientos o en la de asimilarlos, conservarlos, correlacionarlos o poder expresarlos y comunicarlos.

Es obvio que si, por ejemplo, el placer oral ha sido sobreestimado o inhibido, la habilidad para incorporar psíquicamente puede ser afectada negativamente. A veces no ocurre así, pero es a costa de una disociación por la cual puede acentuarse la habilidad para estudiar, a pesar de las malas experiencias tempranas pero renunciando, por ejemplo, a la sexualidad. O bien, la disociación funciona de otra manera como, por ejemplo, aprendiendo sólo lo intrascendente, superficial y no lo realmente importante.

El manejo conflictivo del alimento-conocimiento dentro de la mente puede dar lugar a dificultades de distinto orden, como dije hace un

momento. Y los niños las expresan de formas muy características: los que no pueden controlar sus esfínteres o tienen «ausencias», sienten una especie de enuresis mental o lagunas, que representan en sus dibujos y construcciones como casas con agujeros en el techo por donde sienten que se les escapan las ideas o conocimientos, en contraste con los niños muy obsesivos y controlados que se comportan como verdaderos estreñidos mentales, tratando a los conocimientos como a sus materias fecales, reteniéndolos.

Algunas dificultades de aprendizaje derivan de temores claustrofóbicos a quedar encerrados en el objeto de conocimiento, debido al uso excesivo de mecanismos de identificación proyectiva. En ese sentido, son típicos los sueños de estudiantes de psiquiatría en que algún portero no los deja salir del hospital psiquiátrico porque los confunde con un loco, y el soñante, desesperado, no logra convencerlo que él es el doctor Fulano de Tal.

Si las necesidades del niño de movimiento, exploración y juego no encuentran satisfacción, pueden aumentar las ansiedades y sufrir regresiones. En estas condiciones, las tendencias escotofílicas adquieren también características regresivas patológicas: la contemplación sin realización. Es, por ejemplo, el niño sentado largas horas delante del televisor, sin moverse, sin correr, sin jugar, sin creatividad, mirando hipnotizado la pantalla como la primitiva alucinación del pecho para compensar su ausencia. Mira vivir pero no vive. En este sentido, usa un procedimiento mágico para retener una madre ilusoria, idealizada, pero que no le ha facilitado la creación del espacio transicional intermedio del que habla Winnicott (1971), que es el espacio del juego y de la creatividad, que luego será también el espacio de la cultura. Este espacio ayudaría también a la transformación de las fantasías inconscientes contenidas en el impulso de la curiosidad que tiende a buscar, en última instancia, los secretos del propio yo ayudando a surgir todas las partes reprimidas y ocultas para el propio sujeto. En esa línea, Bion modifica el concepto kleiniano según el cual la curiosidad está dirigida en forma predominantemente sádica hacia el interior del cuerpo de la madre; para él lo que predomina es el anhelo de conocimiento que busca alimento para la mente.

En conclusión: todas las circunstancias desfavorables en la evolución a las que me he referido —prohibiciones, frustraciones, falta de afecto, incremento de la voracidad, celos, envidia, culpa o factores constitucionales que incapacitan para tolerar frustraciones— pueden determinar que

la curiosidad adopte una dirección regresiva y patológica, mientras que si su funcionamiento es favorecido se constituye en factor de progreso e independencia, que impulsa a la adquisición de un mayor conocimiento de sí mismo y de los otros y un mayor desarrollo de la cultura. Transforma la escotofilia en epistemofilia, sin la cual el psicoanálisis no sería posible.



Rebeca Grinberg

Passeig de la Bonanova 92, 3º 5ª

08017 Barcelona

Tel. 93 205 21 29

Notas

1. Aunque no se mencionan el texto, este artículo se vincula estrechamente con otros escritos por la autora: *Características de una relación de objeto en una claustrofobia* (1959); *Los significados del mirar* (1960); *Sobre la curiosidad* (1961). Así como con el artículo de L. Grinberg *Si yo fuera usted* (1957).

Bibliografía

- BION, W. R. (1963) Elementos de psicoanálisis. Buenos Aires: Hormé. 1966.
- FREUD, S. (1905) Tres ensayos sobre una teoría sexual. En: Obras Completas (O.C.). Buenos Aires: Amorrortu Editores (AE). vol. VII
- (1910) Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En: O.C., AE, vol. XII.
- KLEIN, M. (1921) «El desarrollo de un niño». En: *Contribuciones al Psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1964.
- LAPLANCHE, J. (1980) *La sublimación. Problemática III*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- WINNICOTT, D. (1971) *Playing and Reality*. New York: Basic Books. 1971.